

LA SEGUNDA CREACION DE LA MUJER

La mujer ancestral y la mujer transgresora.

LILIANA REGINA MIZRAHI*

*"No se nace mujer,
llega una a serlo".
Simone de Beauvoir*

En una sociedad como la nuestra, donde la inestabilidad es tan honda, es importante tener conciencia, hasta qué punto la mujer es requerida para estar constantemente redefiniendo su identidad, su función y su sentido de este mundo.

Esta inestabilidad compromete las estructuras primarias de la identidad. El proceso de creación de la mujer es un movimiento dialéctico entre ella, la sociedad y la cultura.

Así como todavía encarna valores culturales como la sumisión y la man-

sedumbre, la mujer tiende a actuar, cada vez con más fuerza su par antinómico: la ruptura y la transgresión. Mientras en ella el sometimiento se convierte en fuerza crítica, la ruptura aparece cada vez más como parte de su naturaleza.

En mitos como los de Cibeles y Eva, la mujer aparece creando, a través de la transgresión, espacios de ruptura que dan preeminencia al conocimiento. Me interesa enfatizar el valor de transformación que la mujer es capaz de lograr con sus conductas y con sus respuestas.

En la tradición griega, en la judeo-cristiana, son innumerables las mujeres que han desarrollado su personalidad, sin por eso dejar de ser fieles a los idea-

* Argentina. Psicóloga Social. Investigadora de la problemática femenina. Autora de diversos estudios.

Ponencia presentada al Primer Encuentro Latinoamericano sobre la Salud de la Mujer. Bogotá, Junio de 1984.

les de su comunidad. Aunque de hecho algunas veces han concitado el odio de los sectores más conservadores de la sociedad.

La mujer, de una u otra manera, aparece como transgresora, en tanto hay un orden que ella rompe. Eva, Lilith, Cibeles, Juana de Arco, Catalina de Rusia, George Sand. Este orden que la mujer transgrede se expresará también en otro nivel, que es el matrimonio, el cual culturalmente aparece pre-destinada. La Edad Media es un excelente ejemplo de tiempo histórico en el cual la mujer está destinada-condenada al matrimonio. No se la concibe fuera de él. Sea cual fuere la clase social a la que pertenezca: una mujer no casada no tiene solvencia frente a la vida.

Este, entre otros, es un valor consagrado por la cultura y que aún hoy tiene vigencia.

LA TRANSGRESION Y EL PROCESO CREADOR

El tema de la transgresión alude a la ruptura de un orden establecido, que es sentido como estéril para la propia personalidad*. En la transgresión, el gesto de despegue, define la ruptura. Ruptura que a su vez se convertirá en la fundación de un orden nuevo. El campo vital de la mujer comienza a enriquecerse cuando trasladada al terreno de su desarrollo espiritual experiencias de libertad creadora. La mujer transgresora es la creadora de un tiempo y un espacio histórico diferente en su vida.

Comienza a establecerse un correlato entre lo que puede hacer en el campo de su vida personal y en el ámbito de su vida profesional y artística.

Freud define la creación como una de las fases de mayor movilización del aparato psíquico. Junto con el duelo y el sueño considera que estos tres procesos implican una profunda conmoción interna.

El proceso creador auténtico es integrador. Ayuda a elaborar y resolver la disociación entre la vida personal y la pasión creadora. Se trata de buscar coherencia y no desmentir en la propia práctica cotidiana el amor por la libertad. La intensificación de la vida intelectual de la mujer trae aparejada la intensificación de su vida extra creativa y extra intelectual. Esto, a su vez, trae aparejadas modificaciones en su vida cotidiana.

La creación no puede ser vista como la posibilidad de implementar zonas de trabajo que constituyan un desahogo para la mujer, respecto del ahogo que significa su vida cotidiana. La creación no puede ser un sucedáneo de la libertad. La creación debe ser el corolario de la libertad. Si bien es cierto que la mujer alcanza la libertad creadora, la alcanza contra todo lo que en ella aspira al sometimiento. Y no sólo contra los que tratan de someterla desde afuera.

Ionesco dice: "La creación supone una libertad total. Se trata de un proceso diferente al conceptual".

Nosotras, las mujeres, como sujetos

* En "La especificidad de la condición femenina en el divorcio", desarrollo el concepto de doble condición de la mujer divorciada. En ese sentido la mujer que se divorcia, transgrede el mandato de obediencia al hombre. Se separa, entre otras cosas, para intentar unirse a sí misma.

de creación de nosotras mismas, reflejamos, quebramos, multiplicamos los fantasmas de nuestra individualidad. Este proceso de creación se realimenta a través de una lectura crítica y exhaustiva de la resonancia social que nuestra conducta promueve en los otros.

La mujer que lucha por su libertad, no comienza a luchar por su libertad ahora. La historia está plagada de evidencias que la femineidad ha realizado para lograr la independencia. Quiero poner el acento en la lucha que la mujer despliega para conquistarse a sí misma en términos de proyecto.

Lo que define a la mujer como creadora, es el enorme esfuerzo que realiza por autorreconocerse, por recrearse en la lucha para alcanzar su identidad.

LA DENUNCIA Y LOS PREJUICIOS

El proceso creador tiene entre otros objetivos: la denuncia. La mujer en su condición de transgresora es emisaria de verdades que percibe y han sido enmascaradas por la cultura. Al denunciarlas pone en marcha el difícil y doloroso proceso de cambio a través del cual desmistifica escenas cristalizadas, normas rígidas y arbitrarias, valores estereotipados. Descubre trampas. Desarticula ficciones.

La capacidad de denuncia de la mujer que asume su desarrollo es el coágulo liberador que tiende a la verdad como objetivo último. A través de su proceso de crecimiento y liberación la mujer denuncia, entre otras cosas, el notable paralelo que existe entre los prejuicios raciales y los prejuicios con respecto a la mujer.

Las mujeres son tratadas de una manera no muy diferente de como se trata aún hoy a los negros en muchas partes del mundo. En una sociedad patriarcal, las mujeres siempre fueron consideradas "ciudadanos de segunda clase".

Voy a enumerar algunos de estos prejuicios o mitos:

"Las mujeres tienen un cerebro más pequeño que los hombres".

"Son menos inteligentes".

"Son más emotivas e inestables".

"En las urgencias sólo saben desmayarse".

"Son débiles y enfermizas".

"Tienen escasa capacidad de descubrimiento y menos sentido común".

"No se les puede confiar el manejo de la economía y fuera de la casa sólo pueden ser útiles en los trabajos más rutinarios y vulgares".

Estos prejuicios recibieron el golpe más duro durante la primera guerra mundial.

SOLIDARIDAD CON LA PROPIA CRISIS

La mujer aspira a ser libre. Anhela poder elegirse como dueña de sí misma. Quiero enfocar a aquellas mujeres que estimuladas por su propio crecimiento, se toman a sí mismas como sujetos de creación. Y reaprendan a establecer consigo: un verdadero vínculo de amor.

Este proceso implica esfuerzo y tolerancia al dolor y a la frustración. Simultáneamente, se van formulando planteos que cuestionan el sentido y el significado de este reaprendizaje.

—¿Dónde dejo, o dónde quedan mis aspiraciones más ancestrales, que a pesar del tiempo, sienten que siguen vigentes?

He aquí la contradicción. Por ahora, mi única respuesta posible es aprender a hacerse cargo de una misma como proyecto. Esto significa asumir la responsabilidad de saberse lanzada, proyectada a la aventura de ser. Convertir la contradicción en tarea. Aprender a ser solidaria con la propia crisis. El proceso creador de la mujer comienza siendo aquella experiencia en que la mujer se solidariza en su dolor, con sus conflictos, como expresión de su fecundidad creadora.

La mujer que asume su proceso de creación y establece un vínculo solidario con la tensión conflictiva de su crecimiento ahonda laboralmente aquellos rasgos que su crisis pone en evidencia. Aprende a leer estos aspectos de su personalidad como líderes del proceso de cambio en el que está empeñada. Esta nueva lectura de sí misma enriquece la búsqueda consecuente de su libertad.

Entiende el dolor como un aspecto integrador de su proceso de crecimiento y no como el resultado de la pérdida del bien. Se aprende a equiparar dolor y creación y no dolor y castigo. Entiendo la pérdida del bien previo, como los valores del padre, del hermano, del marido, de la comunidad en términos de la cual su rol está comprometido y preestablecido.

LA MUJER ANCESTRAL Y LA MUJER TRANSGRESORA

Voy a referirme a la mujer ancestral y a su par antinómico la mujer transgresora, como aspectos constitutivos de la personalidad femenina. Los trataré en forma disociada para facilitar su comprensión. Además estos aspectos suelen estar disociados y escindidos. El crecimiento de la mujer consiste, entre otras cosas, en aprender a establecer un diálogo tal consigo misma, que permita integrar estas facetas antagónicas de su propia personalidad.

El proceso creador de la mujer implica, no extirpar su sometimiento al prejuicio ancestral, sino trabajarlo para reubicarlo. Esta reubicación de los prejuicios atávicos y del personaje ancestral que tenemos todas las mujeres, me parece un aspecto fundante del segundo nacimiento de la mujer.

La reubicación del personaje ancestral que nos habita se produce cuando en el proceso de búsqueda de la propia identidad una ha podido instalarse solidariamente con el propio conflicto. Esto implica el esforzado proceso de aprender a escucharse y aprender a ser tolerantes con el propio dolor.

El constante trabajo de concientización reflexiva y crítica acerca de sí misma, en primera instancia permite ubicar, conocer las diferentes formas en que el personaje ancestral se expresa en cada una de nosotras. Rección al establecer un "vínculo dialógico" con estos aspectos de nuestra personalidad, podremos reubicarlos.

La mujer ancestral que nos habita responde a los mandatos históricos que ha recibido. Muchos de los cuales

tienen el valor de verdades consagradas universalmente. Lo ancestral, lo atávico tiene en cada mujer características singulares que comprometen su historia individual. En tal caso lo ancestral resume todo aquello que no acepta las transformaciones del tiempo y es, en ese sentido, que atenta contra el crecimiento y la creación.

La solidaridad hacia el propio conflicto nos permite reordenar dentro de una escala de incidencia nueva, los mandatos ancestrales. En esa nueva escala, estos aspectos juegan un papel, pero no escriben el argumento. La mujer ancestral tiende a dominar nuestros aspectos transgresores que aspiran al crecimiento. Lo importante es saber, que ella es una parte de la historia y no toda la historia.

Durante el período de conquista de la libertad la mujer dialoga específicamente con este personaje. Es, en ese momento que alcanza un lugar de relevancia en este proceso. En la medida que su libertad se consolida, comienza otro diálogo con aquellos que van apareciendo en el transcurso de esta experiencia libertaria.

Aprender a escuchar a la mujer ancestral, es parte del conocimiento de nosotras mismas. Conocimiento que necesitamos para conquistar nuestra identidad. Escuchar sus quejas, sus verdades, sus mandatos, sus miedos, sus deseos, su esperanza. Es un personaje que está y está convencida que tiene que ser esto que es y que no puede ser otra cosa. Nace para ocupar todo el espacio y no una parte. Es un personaje totalizador. Cree definir con su palabra la verdad en lo que dice. No es hipotética, es caracterizadora. Su ubicación en el mundo es a partir de la certeza que entre su palabra y el uni-

verso hay una absoluta consonancia.— El mundo es como yo digo—. Este personaje tiene como finalidad ocupar la totalidad del espacio ocupable.

Por eso su reubicación es indispensable en el proceso de nuestra segunda creación.

La transgresora le dice a la ancestral: —Yo, sin vos, no puedo vivir, pero con vos así, tampoco. Te ruego que te desplaces. Le busca un lugar diferente. La reubica entre otras interlocutoras de su mundo interno. Nuestra tarea será el esfuerzo constante por evitar que recupere el monopolio constante del verbo y de la realidad.

Cuando hablo de la mujer ancestral y de la mujer transgresora, es como si estuviera hablando de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde. O sea de dos aspectos antagónicos y paradójales de una misma. Se trata de nosotras y nuestro doble.

La mujer transgresora realiza un esfuerzo constante por superar el acoso de sus propios aspectos ancestrales y por alcanzar nuevamente el control y el gobierno de su ser autónomo. Un elemento importante en la constitución de la identidad pasa por admitir que la dinámica interna está en constante renovación. Su ser no está hecho de una vez para siempre. La mujer transgresora que sostiene su vocación de libertad, comprende que se es ante todo "tarea".

Como dije, al comienzo de este ensayo, la mujer que aspira a conquistar su verdadera identidad lucha contra todo lo que en ella aspira al sometimiento. Nuestra crisis de crecimiento oscila entre estos aspectos ancestrales y sometidos y aquellos gestos libera-

dores, que tienden a alcanzar la independencia.

La mujer ancestral está detenida en el tiempo. Su identidad ha quedado cristalizada. Es alguien que está ya definida, destinada, condenada desde antes de nacer. No necesita forjar su ser, sino ratificarlo. Intenta desarrollarse en un molde gestado previamente.

La mujer transgresora es el resultado de la ancestral en crisis. Se ha arrancado la mordaza y denuncia lo que la ancestral no se atreve a decir. La transgresora denuncia, la ancestral encubre. La transgresora pone en crisis valores consagrados que la ayudan a vivir, la ancestral suscribe pactos perversos al servicio de que todo siga como está. La ancestral teme, vive con miedo, se detiene. La transgresora se atreve y avanza. La ancestral es una mujer que ya es. La transgresora es una mujer que trata de ser. Trata de ser es una forma de ser, que incluye el devenir como parte integradora de nuestro crecimiento.

Dentro del campo de la mujer ancestral, tiene vigencia la mujer satisfecha, la que dice que está conforme, aquella que presume que no tiene conflictos, la que dice que vive como quiere y que quiere lo que vive. No sabe si elige o la eligen. No sabe si auténticamente quiere o si está obligada a querer lo que le pasa.

Existe otro nivel de satisfacción en el sentido maduro, y es la convicción de saberse combatiente del propio destino. La satisfacción de celebrar cada victoria en el trayecto de lucha. Quiero diferenciar un poco esto de las satisfacciones. Una es la que responde a lo que el ancestro propone. La satisfacción de sentir

que nuestros antepasados nos miran sonriendo, con orgullo y descansan en paz. Hablo entonces de la satisfacción que surge por haber sido consecuente con lo estipulado de antemano. Esto, a veces, se llama alegría. No es la alegría del sujeto presente, sino la alegría del otro, del sujeto pasado, muchas veces es la alegría que uno cree que debería sentir.

Otra es la alegría de ir logrando aquello que esperamos de nosotras mismas. Es la alegría de la reparación, del proceso creativo, de lo verdadero. La alegría que nace cuando logramos ser consecuentes con nosotros mismos. Esto define el vínculo de respeto consigo mismo.

Aquella mujer de la que hablamos, la ancestral condicionada por el vasallaje, convive con la que puja por darse a luz. En esta convivencia, son muchos los actos de sabotaje que intentan detener el crecimiento y que provienen de aquellos aspectos más infantiles y serviles de nosotras mismas.

Los mitos y prejuicios acerca de la mujer han ganado venerabilidad a través de los años que llevan vigentes y finalmente son aceptados como verdades consagradas hasta por las mismas mujeres.

Crearnos a nosotras mismas es trascendernos. La creación es el acto más profundo de reparación, del mismo modo que la culpa es uno de sus obstáculos mayores.

El diálogo creativo con la mujer ancestral convierte al proceso de segunda creación de la mujer en una de las crisis de identidad más conmovedoras por la que atraviesa la personalidad femenina.

La denuncia de la propia servidumbre no es un camino fácil. Una advertencia útil es saber que el mayor obstáculo para el proceso de crecimiento está en una misma.

Se trata de ayudar a concientizarnos socialmente acerca de cómo la mujer queda encerrada en un estereotipo cultural de femineidad. Sin olvidar que ésta es también una lucha contra la propia ideología. Una lucha contra aquello a que nos condenan los cánones a los que seguimos sometidas. Se trata de mantener un sostenido esfuerzo para reubicar el viejo modelo de identidad de nuestras madres y abuelas.

Rousseau agudamente anota:

Los esclavos pierden todo con las cadenas, hasta el deseo de escapar de ellas, acaban cobrando cariño a la servidumbre como los compañeros de Ulises a su embrutecimiento.

Del diálogo solidario con una misma es que aprendemos a instalarnos en el carácter provisorio del tiempo presente. Se trata de aprender, aprender y aprender. Comenzar a admitirnos a nosotras mismas como una mujer posible. Sobrellevar con hondura y madurez la crisis que significa descu-

brir que ser real es ser probable. Ser, aproximadamente.

La que sí sabe quién es, de una vez y para siempre es la mujer ancestral, ya que tiene una identidad que heredó no que forjó.

El despegue, la ruptura, la transgresión conducen a un encuentro más integrador consigo. Se pone en marcha un proceso que se opone al encierro, al silencio, a la inercia. Nos reacomodamos en relación al entorno y reconocemos los personajes que nos habitan y que habitamos.

La mujer como creadora cotidiana de su propia identidad es un verdadero agente de cambio. La dinámica de este proceso de cambio no significa ni decapitar ni extirpar lo atávico sino reconocerlo y reubicarlo dentro de nuestro proyecto de vida. Es del desarrollo reflexivo de la conciencia crítica sobre lo ancestral de donde surge la fuerza transgresora capaz de transformar nuestra historia.

La libertad consiste no en extirparse la historia sino en redefinirla. "Uno es, lo que hace con lo que uno es".

(Jean Paul Sartre).